

valerse a lo largo de la Feria para entablar amistad con la mujer impar que acude a Recoletos estos días en busca de emociones, leídas o vividas; o bien para ver de cerca y escuchar su parla a los maestros de las Letras contemporáneas, que acuden a las tertulias, a cielo abierto, de sus editores... Pero la Feria del Libro es larga —de la Cibeles a la Biblioteca Nacional, que también tiene su stand, interesantísimo, con ediciones raras y curiosas al alcance de cualquier fortuna—, y un artículo periodístico, aunque sea mío, tiene que ser corto, sobre todo en estos tiempos rápidos.

A propósito del tiempo—medida de toda actividad humana—, hay que decir, con relación al libro de hoy, que acaso la crisis general de la cultura dependa de la falta material de tiempo en que se desenvuelven las veinticuatro horas de la vida contemporánea. Como el dinero, el tiempo ha cambiado de valor adquisitivo. El oro no se destruye. Al contrario, siempre se encuentra en la Tierra pródiga alguna nueva veta que enriquece su acopio. Sin embargo, hoy la Humanidad se siente más pobre que hace un siglo. Igual sucede con el tiempo, la otra gran riqueza. Los días tienen ahora idéntica dimensión que hace cien años. Y, no obstante; a pesar, incluso, de haberse ahorrado tiempo en la jornada moderna con los actuales medios de locomoción y de difusión, los hombres del día carecemos del tiempo que disfrutaban nuestros abuelos para consagrarlo al lento arado, a la reposada siembra, a la reflexiva recolección, que constituyen el cultivo de la inteligencia, la cultura. Y ello es porque la atención humana se ha hecho enciclopédica, orbicular, totalitaria, y quisiera ser—y no puede, de ahí su dramatismo—ubicua. Nada humano—ni infrahumano, ni divino—es ajeno al lector del día. Su curiosidad se polariza trágicamente en todas direcciones, a cada hora, en cada instante. ¿Cómo, entonces, hay una crisis general del libro? ¿Es que se lee menos? No. Se lee más, con mayor rapidez, con más voraz intensidad que nunca. Y... por eso mismo, el libro, el volumen de doscientas o trescientas páginas, pesa. La antigua hegemonía del libro la detentan hoy el diario y la revista. Y aun ambas publicaciones tienen actualmente que compartir su soberanía de un cuarto de siglo con la emisión de radio y el noticiario cinematográfico. ¿Qué le vamos a hacer! La verdad es ésta.

Signo de buena esperanza para la reconquista de la atención por el libro es, a mi entender, la renovación de los elementos de combate con que acude al mercado.



Libros en el palacio y libros en la calle. Los «stands» de la Feria del Libro instalados ante la Biblioteca Nacional.

(Fot. Cortés)



La Feria del Libro no basta por sí sola para que el público vuelva a leer libros. Pero indica, en el método seguido, en el sistema de propaganda empleado—en el gesto de echarse a la calle, a la plaza, al paseo público y establecer en ellos estas novísimas barricadas de la cultura—, que los editores han empezado a comprender que es llegada la hora de cambiar radicalmente la faz de la civilización impresa, si se le quieren ganar la batalla a esas otras formas de cultura que son la radiodifusión y la cinematografía; o, por lo menos, reconquistar frente a ellas las posiciones de antaño. El segundo y decisivo objetivo de esta lucha ha de ser el de adaptarse a la rapidez e intensidad de los tiempos. Entre las trescientas páginas del libro y las doce o diez y seis del diario, existe, con limpia ejecutoria, el librito, el folleto. ¿No estamos, acaso, en las vísperas de una nueva etapa literaria? ¿No será, tal vez, el libro del porvenir el folleto? ¿La novela breve, el resumen científico, la monografía compendiosa, el haz de poemas, que impresos en letras grandes y claras, y en pocas páginas, puedan leerse entre la ducha y el desayuno, durante la carrera de automóvil, en el trayecto de autobús?... Y la obra de mayor densidad del mañana—aunque también sintética—será esa de cinco o seis pleigos—ochenta o noventa y seis páginas—que el lector moderno reserve para leer con más reposo y calma, en el tren, en el viaje aéreo; una travesía marítima, de Europa a América, por ejemplo, será entonces la ocasión de consolidar toda una vasta cultura... Claro que todo ello requiere una previa revolución en el estilo. Pero hablar de esto requeriría, a su vez, un nuevo artículo; acaso, un folleto; quizás un libro de trescientas páginas que nadie leyese. Demos, pues, ejemplo, haciendo punto. O, mejor, dos puntos, para exclamar: ¡Bienvenida, Segunda Feria del Libro, si has de volver el año que viene! Y, mejor aún, si anuncias una época en que la lectura del mejor libro pueda entrar holgadamente en el vario programa de las actividades de un día.

JUAN G. OLMEDILLA

200 AÑOS, DE SELECCIÓN

Al tomar una taza del exquisito Chocolate Primor, saborea Ud. el resultado de dos siglos de selección constante. Fórmula moderna en que se condensa la untuosidad más refinada y el sabor más original y delicado.

Este chocolate finísimo halaga tanto el paladar que una vez probado no se olvida nunca. El predilecto de las personas de buen gusto.

Elgorriaga



CHOCOLATE PRIMOR

TABLETA CON ENVOLTURA RELIEVE Y ORO, 195 GRs., 1 PTA.

Otras clases exquisitas:

- CHOCOLATE CON LECHE, 175 grs., ptas. 1,25.
- N. P. U., 190 grs., ptas. 1,15.
- CUMBRE (gran lujo), 200 grs., ptas. 1,25.
- MANÁ (popular), tabletas de 0,50 y 0,80.
- ALMENDRADO, 150 grs., ptas. 0,80.

